Chiara Bolognese
Roberto Bolaño y sus personajes: vidas de extranjeros en Europa
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. XCI, 2015, 237-248

ROBERTO BOLAÑO Y SUS PERSONAJES: VIDAS DE EXTRANJEROS EN EUROPA

Yo seré –este es mi papel– [...] un momento de angustia en lo oscuro:
el extranjero
que desespera por unirse a la vida en una ciudad como esta.
Enrique Lhin

La actualidad se caracteriza por ser una época de fronteras líquidas, de territorios globales y de planteamientos posnacionales; y la literatura también, a menudo, se sitúa en la línea de estos planteamientos, queriendo retratar las identidades transnacionales que habitan nuestro mundo.

Las obras de Roberto Bolaño, él mismo escritor con diferentes patrias, describen bien este fenómeno a través de la creación de personajes que se revelan ciudadanos de muchos países, y, al mismo tiempo, ciudadanos de ningún país en particular.

En las páginas que siguen me ocuparé justamente de estos temas; y mostraré cómo los personajes de Bolaño se mueven entre el continente latinoamericano y Europa, conocedores y voceros de universos diferentes, y también parecidos, en los que la marginación, la violencia, así como la esperanza brindada por el sueño de la creación literaria son los que mueven todos los hilos de la existencia.

Como veremos, los personajes de Bolaño retratan las identidades nómadas de las que tanto se habla actualmente: ellos son migrantes, siempre. A veces viajan por cuestiones políticas, otras por razones más íntimas y personales, otras simplemente porque no se sienten felices en el país en el que se hallan; pero siempre emprenden, o están a punto de hacerlo, un viaje. Pasan así a integrar una nueva forma de ciudadanía, la del ciudadano nómada, una situación que viven también muchos habitantes del mundo actual.

Y es que las obras de Roberto Bolaño están vertebradas por la presencia de tres territorios: Chile, México y Europa. Concretamente, su trayectoria narrativa recorre la siguiente línea geográfica y conceptual: empieza con la descripción del desasosiego de la juventud chilena de la época inmediata-

mente sucesiva al golpe de estado –los jóvenes que emprendieron la huida y engrosaron los flujos de las migraciones representados en *Estrella distante*–; luego se divide entre el retrato de un "México que se va al carajo sin remedio" (Bolaño, *Los detectives salvajes*: 380) en la década de los setenta y que "se deshace entre las manos" (Bolaño, *2666*: 275) en los noventa, y la descripción del fracaso de los protagonistas, ya adultos, emigrados a Europa.

La vida del escritor –nacido en Santiago de Chile en 1953, y fallecido en Barcelona en 2003– muestra, ya de entrada, el papel fundamental que revisten los dos continentes, a la vez que refleja en su desarrollo el desplazamiento que muchos latinoamericanos comenzaron a partir de los setenta. Y son precisamente este recorrido que une América con Europa y las marcas que éste deja en quienes lo emprenden, los aspectos que analizaremos a continuación.

1. Roberto Bolaño y Arturo Belano: realidad y ficción del viaje a Europa

Para entender mejor las referencias a los personajes es útil recordar brevemente las coordenadas de la vida del autor. Bolaño vivió hasta los quince años en Chile, en 1968 se trasladó a México con su familia y no volvió a su tierra natal hasta poco antes del golpe de estado de Pinochet, en 1973. En esa época fue capturado por el ejército del régimen y tuvo que permanecer algunos días en la cárcel, hasta que algunos policías reconocieron en ese presunto terrorista mexicano –así lo definieron– a su antiguo compañero de clase Roberto Bolaño, y lograron su liberación. El joven chileno regresó entonces a México[1], desde donde se marchó en 1977, para emprender un nuevo viaje rumbo a Europa. Al cabo de un tiempo en que recorrió ese continente, se asentó primero en Barcelona y luego, definitivamente, en Blanes, un pueblo del que se había enamorado leyendo *Últimas tardes con Teresa* de Juan Marsé:

> Ahí está Blanes. No un Blanes real, sino el espíritu de Blanes o uno de los espíritus de Blanes, el paraíso inalcanzable del charnego Pijoaparte y el paraíso alcanzado por el sudaca Bolaño. Un paraíso sin estridencias y con un mar magnífico. (Bolaño, *Entre paréntesis*: 230)

El autor dejó así la existencia nómada que, en cambio, continuó siendo la constante de la vida de sus personajes.

[1] Allí funda el movimiento infrarrealista que muestra mucha influencia del surrealismo francés y del estridentismo mexicano. Su vida errante le consiente llegar a tener una formación cultural muy amplia y adquirir un profundo conocimiento de la literatura en español, así como de la europea y la norteamericana.

En Cataluña, sus comienzos no fueron fáciles hasta bien entrada la década de los noventa; pasaron muchos años en los que Bolaño desempeñó los más disparatados oficios, encarnando la figura del *latinoamericano perdido en Europa*, que retrata con tanta maestría en sus obras.

A pesar de los problemas cotidianos, Bolaño siempre procuraba tener tiempo para la escritura, lo que lo llevó a reflexionar profundamente sobre su situación de extranjero y escritor:

> Muchas pueden ser las patrias [...] pero uno solo el pasaporte, y ese pasaporte evidentemente es la calidad de la escritura. Que no significa escribir bien, porque eso lo puede hacer cualquiera. ¿Entonces qué es una escritura de calidad? Pues lo que siempre ha sido: saber meter la cabeza en lo oscuro, saber saltar al vacío, saber que la literatura es básicamente un oficio peligroso. (*Entre paréntesis*: 36-37)

Sin pretender encontrar demasiados elementos autobiográficos en sus obras, cabe destacar algunos textos que retratan con acierto la condición –*su* condición– de emigrado. Bolaño se enfrentó en Europa con las dificultades debidas al hecho de no tener papeles, ni trabajo regular. Vivía una existencia en los márgenes de la sociedad, tal y como lo describió con claridad en "Prosa del otoño en Gerona": "el pasaporte de R. B. en octubre de 1981, que lo acredita como chileno con permiso para residir en España, sin trabajar, durante otros tres meses. ¡El vacío donde ni siquiera cabe la náusea!" (Bolaño, *Tres*: 29)[2]. Otro testimonio de su situación de precariedad se da en el relato "Encuentro con Enrique Lihn", en el que se narra la profunda amistad entre el narrador, llamado Roberto Bolaño, y Lihn. En el texto, el poeta chileno anima al joven Bolaño para que no abandone su compromiso con la literatura durante el duro periodo de los comienzos en Europa: "durante un tiempo [...] me había carteado con él y sus cartas en cierta forma me habían ayudado, estoy hablando del año 1981 o 1982, cuando vivía encerrado en una casa de Gerona casi sin nada de dinero, ni perspectiva de tenerlo" (Bolaño, *Putas asesinas*: 218) dice el autor, como sugiriendo que en los momentos adversos la escritura es una posibilidad de supervivencia.

Bolaño, finalmente, superó los problemas de sus comienzos, y consiguió integrarse en Cataluña, abandonando así su estado de exiliado y transformándolo en una fecunda condición de extranjero. El autor pasó a ser así *el chileno en Europa*, tal y como muy a menudo le ocurre a Arturo Belano, de quien siempre se menciona la nacionalidad como única referencia biográfica. Sin embargo, entre la situación vivencial del escritor reflejada en su ficción y la de sus personajes hay una cierta diferencia, puesto que éstos exacerban el desarraigo que él consiguió solucionar. Para Arturo *ser chileno* es una condi-

[2] Efectivamente el texto está fechado en 1981.

ción que entraña un dramatismo tremendo, como recuerda en *Los detectives salvajes* su amigo Juan García Madero:

> A Belano le pidieron los papeles, sus papeles [...] no están en regla. Una secretaria de la universidad le dijo que por menos podía ser deportado. ¿Adónde?, gritó Belano. Pues a su país, joven, dijo la secretaria. ¿Es usted analfabeta?, dijo Belano, ¿no ha leído allí que soy chileno?, ¡mejor sería pegarme un tiro en la boca! (591)

Bolaño, en cambio, declara considerarse habitante de un país llamado *extranjilandia*, cuyos nativos son los extranjeros, y enlaza profundamente el tema del exilio con la actividad de la creación literaria, puesto que, según él, "toda literatura lleva en sí el exilio" (*Entre paréntesis*: 49). Y, pocas páginas después, el autor aclara esta afirmación precisando que "existe el inmigrante, el nómade, el viajero, el sonámbulo, pero no el exiliado, puesto que todos los escritores, por el solo hecho de asomarse a la literatura lo son, y todos los lectores, ante el solo hecho de abrir un libro, también lo son" (51).

La experiencia del exilio que se vive con la literatura, y que Bolaño considera haber sufrido durante su existencia, se acerca más bien a la posibilidad de conocer distintas patrias, de vivir en ellas y de explorarlas. Esta es una actitud que transmite a su *alter ego* ficcional, que viaja a Europa para conocer y descubrir el resto del mundo, como cuenta Laura Jáuregui, de nuevo en *Los detectives salvajes*, recordando su diálogo con un Arturo veinteañero:

> nombró países como Libia, Etiopía, Zaire, y ciudades como Barcelona, Florencia, Avignon, y entonces yo no pude sino preguntarle qué tenían que ver esos países con esas ciudades, y él dijo: todo, tienen que ver en todo, y yo le dije que cuando fuera bióloga ya tendría tiempo y además dinero [...] de ver esas ciudades y esos países. Y él entonces dijo: no pienso *verlos*, pienso *vivir* en ellos. (211)

Son palabras que explican bien que el conocimiento que Belano y Bolaño quieren alcanzar de los lugares adonde se dirigen no es el del turista sino más bien el de quien vive allí, marginado, tal vez, como un vagabundo[3], pero sumergiéndose en el auténtico aire del lugar, aunque sea por un tiempo muy limitado. La extranjería, vivida de esta manera, pasa a representar una forma de enriquecimiento.

El viaje se convierte así en una cuestión existencial, porque en el mundo actual, donde todo está desdibujado y es impreciso, "¿no seremos todos exiliados?, ¿no estaremos todos vagando por tierras extrañas?" (*Entre paréntesis*: 49).

[3] Me refiero a la distinción que lleva a cabo Zygmunt Bauman en *Il disagio della postmodernità*.

2. Vagabundeos y existencias en el margen

Desde estos territorios movedizos que caracterizan la relación entre los aspectos autobiográficos y la ficción movámonos ahora hacia el universo de los personajes del autor, también nómadas entre los dos continentes: algunos para huir de una posible condena –Carlos Wieder, de *Estrella distante*, por ejemplo–, otros para buscar una existencia más digna, todos para escapar del desasosiego existencial y llevar a cabo su personal búsqueda del sentido de la vida. Durante el viaje, resulta más fácil la toma de conciencia, a la vez que la matización, de las diferencias y de los contrastes, como bien subraya Fernando Aínsa al decir que

> en la dialéctica del viaje ya están instauradas las constantes literarias del dualismo en que la identidad cultural iberoamericana se expresa a través de su narrativa. Las distancias no solo separan, sino que aproximan realidades gracias a los reflejos que se envían mutuamente América y Europa. (Aínsa: 171)

En efecto, al desplazarse, el *ser* latinoamericano se fusiona con el *ser* europeo contribuyendo así a constituir una nueva comunidad de personas que en parte dejan de ser latinoamericanos, pero que todavía no consiguen sentirse totalmente integrados en Europa. Estos hombres y mujeres desplazados van a formar un grupo de individuos que se adscriben a la condición de "nacionalidad hibridizada" (Espinosa: 132), ya que son de muchos países pero no pertenecen realmente a ninguno de ellos. Por lo tanto, siguen la existencia nómada; son vagabundos como lo fueron Arturo y Ulises y la mayoría de los *real visceralistas*[4], y comienzan a experimentar la condición de exiliados.

Por ser latinoamericanos, los protagonistas se encuentran divididos entre el deseo de universalismo y el de seguir fieles a su pertenencia al continente de origen. Se trata de individuos descentrados, "americanos, hijos de Calibán, perdidos en el gran caos americano" (324), se dice en *Los detectives salvajes*. Estas palabras son una implícita referencia al texto del cubano Roberto Fernández Retamar *Calibán. Apuntes sobre la cultura en nuestra América* (1971)[5], en donde se reivindica el derecho a existir de los márgenes y *en* los márgenes, o, más precisamente, al margen de una realidad que nadie entiende ni percibe como propia. Es por ello por lo que la existencia que arrastran en Europa –ese continente que el loco Quim Font definía como "la

[4] Así se definen los miembros de grupo poético *Realvisceralismo* fundado por Ulises Lima y Arturo Belano en la ficción de *Los detectives salvajes*. Dicho grupo es, desde muchos puntos de vista, un trasunto ficcional del Infrarrealismo.

[5] Esta obra retoma, desde otro punto de vista, las consideraciones que José Enrique Rodó llevó a cabo en su libro *Ariel* (1900).

parte feliz del mundo" (*Los detectives salvajes*: 380)– acaba por ser una reivindicación de la marginalidad. Los individuos se convierten así en unos sujetos escindidos, siempre aquejados por el complejo de bastardía.

Los personajes de Bolaño desempeñan de forma bastante clara el papel del meteco, es decir del "extranjero que llega a la cosmópolis desde la periferia y no se integra, a pesar de sus esfuerzos, en la vida de la gran ciudad, o se queda, en el mejor de los casos, en una especie de semi-integración grotesca" (Binns: 149)[6]. El metequismo es un concepto que revela una característica intrínseca de la identidad hispanoamericana, y resulta fundamental para poder comprender en profundidad la situación en la cual los individuos se encuentran, siempre en equilibrio inestable entre Europa e Hispanoamérica.

Muchos personajes se mueven desde la periferia –la ciudad latinoamericana– y van a Europa, donde no acaban nunca de asentarse, sino que permanecen en una situación vivencial indefinida que raya con lo surreal y los "destierra a los márgenes de la Historia" (Millares: 22). Hay un ejemplo interesante de esta exclusión en *Los detectives salvajes* cuando se describe la relación de amistad que surge en París entre Ulises Lima y un grupo de "peruanos, todos poetas [...] la Comuna de Passy o Pueblo joven Passy [cuyos] temas preferidos o tal vez los únicos eran la política y la literatura" (231)[7]. Éstos viven en *chambres de bonne* cutres, con poco o nada de dinero, marginados con respecto al mundo cultural francés, encarnando con sus existencias las palabras de Simone Darrieux: "vivir en París [...] desgasta [...] encanalla, empuja al olvido. Al menos esto le suele suceder a muchos latinoamericanos que yo conozco" (235). Es más, los franceses no los entienden, como muestra el encuentro entre Ulises y Michel Bulteau, el escritor fundador del grupo de los Eléctricos. La poesía de estos franceses puede representar un modelo del tipo de escritura que quieren realizar los *real visceralistas*. No obstante, el encuentro acaba en un fracaso, ya que Bulteau no logra comprender lo que Ulises le explica, que es, en última instancia, la génesis de su grupo poético a la vez que la trama de la novela:

> una historia de poetas perdidos y de revistas perdidas y de obras sobre cuya existencia nadie conocía una palabra, en medio de un paisaje que acaso fuera el de California o el de Arizona o el de alguna región mexicana limítrofe con esos estados, una región imaginaria o real, pero desleída por el sol y en un tiempo pasado, olvidado o que al menos aquí, en París, en la década de los setenta, ya no tenía la menor importancia. Una historia en los extramuros de la civilización. (*Los detectives salvajes*: 240)

[6] Las palabras de Niall Binns hacen referencia a la poesía de Enrique Lihn. Sin embargo, por las condiciones biográficas y por el tipo de literatura que ambos produjeron, así como por la deuda intelectual que Bolaño declaró tener hacia Lihn, dichas consideraciones se pueden extender a Bolaño.

Una situación parecida es la que viven los miembros de la singular comunidad de marginados que se crea en el Camping Stella Maris de la novela *La pista de hielo*. Se trata de individuos excluidos del mundo, siempre en tránsito pero sin meta: "Cuando nos preguntaban cuáles eran nuestros proyectos no sabíamos qué decir. [...] Vivir en Barcelona. [...] O viajar, o irnos a vivir a Marruecos [...] o tirar cada uno por su lado. En el fondo solo sabíamos que estábamos colgando en el vacío" (Bolaño, *La pista de hielo*: 164).

Son personajes que se mueven a la deriva, siempre extranjeros en todos los sitios, pertenecientes solo a un territorio desdibujado, un *territorio en fuga* (Echevarría, en Manzoni: 193), como muestra la condición de nómada del Ojo Silva, protagonista del cuento homónimo, o la de Rogelio Estrada en "La nieve".

El primero, Ojo Silva, fotógrafo, chileno y homosexual –lo cual ya lo condena a una doble marginación–, se establece en Berlín después de una vida de huidas continuas como todos "los *luchadores chilenos errantes*, una fracción numerosa de los *luchadores latinoamericanos errantes*, entelequia compuesta de huérfanos que, como su nombre indica, erraban por el ancho mundo ofreciendo sus servicios al mejor postor, que casi siempre, por lo demás, era el peor" (*Putas asesinas*: 13-14). Es un hombre que nunca encuentra descanso en sus infinitos peregrinajes a través de Hispanoamérica, la India y Europa, olvidando casi su identidad nacional.

Rogelio Estrada, otro chileno que deja el país después de los dramáticos acontecimientos del golpe de estado, transcurre su adolescencia y primera juventud en un "Moscú de droga y prostitución, mercado negro y alegría, amenazas y crímenes" (Bolaño, *Llamadas telefónicas*: 88). Posteriormente, con su novia empieza una vida de vagabundeos entre distintas ciudades de Europa que terminan, al interrumpirse la relación, en Barcelona, en donde tampoco consigue vivir una existencia regular. Allí vive añorando Rusia y soñando con volver a su país de origen:

> por las noches, sobre todo por las noches, extraño Rusia y extraño Moscú. Aquí no se está mal, pero no es lo mismo, aunque si me pidieras más precisión no sabría decirte qué es lo que echo de menos, ¿La alegría de estar vivo? No lo sé. Un día de estos voy a tomar un avión y volveré a Chile. (100)

Un Chile que parece ser, en su mente, el lugar en donde volver a encontrar el sentido de su estar en el mundo.

---

[7] Una relación en la cual se vislumbra un guiño a los intercambios que tuvieron los Infrarrealistas y los Horazerianos, grupo poético posvanguardista peruano de la década de los setenta, que abogaba por una poesía liberada del conformismo y de las coerciones políticas y cuyos principales voceros fueron Juan Ramírez Ruiz y Jorge Pimentel.

En la literatura de Bolaño, "el hablante, como meteco, vive en una tierra de nadie que le obliga a una existencia parcial e 'inauténtica' [...] tanto en su propio país como en el extranjero" (Binns: 157)[8], llegando a la absurda condición que revela uno de los protagonistas de *La pista de hielo*: "Somos extranjeros en nuestro propio país" (186). De ello parece darse cuenta también Roberto Rosales, poeta peruano, otra de las muchas voces de *Los detectives salvajes*, quien recuerda: "de golpe se me vino encima todo el horror [...] de nuestra condición de metecos, de nuestra triste e irremediable condición de sudamericanos perdidos en Europa, perdidos en el mundo" (234). Se trata de existencias de seres humanos que nunca conseguirán encontrar su sitio en el mundo y que, por ello, están condenados, o se auto-condenan, al eterno movimiento.

Esta situación llega a su exacerbación en las pocas ocasiones en las cuales los individuos logran volver a Hispanoamérica, como muestra el chileno Amalfitano, protagonista de la segunda parte de *2666*, quien une locura y ternura en su actitud hacia un mundo en el cual no acaba de integrarse. El hombre no se siente tranquilo ni en su Chile natal, que abandonó después del golpe de estado, ni en Barcelona, desde donde se marchó en cuanto le dieron la posibilidad, ni en México, donde se encuentra en el presente de la historia. De ello surge la necesidad de su continuo desplazarse que siempre lo deja con la sensación de provisionalidad, como revelan estas palabras referidas por el narrador de *2666*:

> cualquier trabajo que se tomara encaminado a hacer más grato el jardín resultaría a la postre inútil, puesto que no pensaba quedarse mucho en Santa Teresa. Hay que volver ya mismo, se decía, ¿pero adónde? Y luego se decía: ¿qué me impulsó a venir aquí? ¿Por qué traje a mi hija a esta ciudad maldita? ¿Porque era uno de los pocos agujeros del mundo que me faltaba por conocer? ¿Porque lo que deseo, en el fondo, es morirme? (252)[9]

Cada viaje implica un nuevo intento de integración y de comprensión de una realidad distinta de la de origen: esta a menudo resulta ininteligible, así como los recién llegados a veces son incomprensibles para los demás.

Acevedo y Buba, protagonistas del cuento "Buba", encarnan muy bien la situación que se acaba de describir. El primero, joven futbolista chileno, que se encuentra lejos de su tierra y de su familia, busca consuelo a su desasosiego manteniendo relaciones sexuales con prostitutas; y el segundo, africano en Barcelona que se abstrae del mundo escuchando obsesivamente la música de su tierra, lleva a cabo unos extraños rituales para propiciar la victoria de su equipo. Buba se aísla en un espacio propio que los demás no acaban de com-

[8] A propósito del concepto de "tierra de nadie" véase también las interesantes consideraciones que lleva a cabo Bolaño en "Literatura y exilio", *Entre paréntesis*: 41.

[9] Hay que precisar que Amalfitano no regresa a Chile sino que va a México, por lo tanto no a su tierra natal.

prender, viviendo en una situación análoga a la que se presenta en el poema "El último canto de amor de Pedro Lastarria alias el Chorito". En este, el hablante declara: "Sudamericano / en tierra más hostil / que hospitalaria, me preparo / para entrar en el largo / pasillo incógnito / donde dicen que florecen / las oportunidades perdidas" (Bolaño, *Los perros románticos* : 61), y después hace referencia a las "soledades/ que los godos no entienden/ o que entienden de otra manera" (62), subrayando así una falta de comunicación y de comprensión mutua que lo lleva a sentirse un "Sudamericano en tierra de / Nadie" (62) o "Sudamericano en tierra / de sombras" (63), que no tiene otra opción que la de prepararse para su propia muerte.

Una muerte que encuentra ciertamente el chileno Diego Soto, director del taller de escritura de Concepción descrito en *Estrella distante*. Este desaparece después del golpe militar y reaparece "exiliado en Europa" (Bolaño, *Estrella distante*: 75) en donde consigue ser feliz ilusionándose porque "se había escapado de la maldición" (78) –la maldición de ser chileno–. Soto se queda a vivir en Francia, donde ejerce como profesor, hasta que un día es acuchillado por unos fanáticos neonazis mientras defiende a una vagabunda en la estación de Perpignan. Un hecho que, recuerda el narrador de la historia, en la prensa local será despachado con solo dos líneas, muestra clara del marginalísimo papel que se les otorga actualmente a las capas más desfavorecidas de la sociedad.

Entre los metecos de Bolaño tienen cabida también dos escritores importantes que experimentaron esta condición en su propia piel: César Vallejo, de *Monsieur Pain*, y Antonio di Benedetto, ficcionalizado en la figura de Luis Antonio Sensini en el cuento "Sensini". El primero es un latinoamericano pobre y enmudecido que se está muriendo en París; el segundo es un escritor menor, cuyas facciones se pierden en la niebla de Madrid, entre los pocos libros de éxito que ha escrito y los cuentos que utiliza para ganar dinero presentándose en distintos concursos literarios.

3. Sobrevivir en el exilio

En general, los protagonistas de Bolaño reaccionan a su condición de metecos en Europa de dos formas diferentes pero complementarias: por un lado intentan alejarse (real y afectivamente) de su patria, y, por el otro, buscan grupos de compatriotas con los que juntarse. Llevan a cabo un proceso de *des-identificación* con respecto al lugar de procedencia y luego un sucesivo proceso de *re-identificación*[10] con el nuevo país. Es justamente esta re-identificación lo que llevará a la formación de los grupos de referencia.

[10] Véase Follari: 13.

La necesidad de crearse un grupo de pertenencia tiene una estrecha relación –casi como si fuera la otra cara de la moneda– con la naturaleza del exilio, que ya otro chileno, José Donoso, definía como "la experiencia colectiva más intensa que he tenido" (Donoso: 40). Los latinoamericanos que dejan su continente van a crear, en el nuevo territorio que los acoge, un grupo cerrado y muy particular que desempeña unas funciones ambiguas, como se ve, por ejemplo, en el cuento "Días de 1978", de *Putas asesinas*. En éste, B, un chileno salido de México y recién llegado a Barcelona, participa en una fiesta de compatriotas. El círculo de chilenos desterrados le da a B la seguridad de la pertenencia a una comunidad, pero es una "comunidad sin raíces" (Donoso: 50), que proporciona solo un alivio parcial, ya que al ser una *comunidad* ofrece protección, pero, al estar *sin raíces* se revela como efímera e ilusoria. Se trata de una comunidad a la cual se puede pertenecer así como dejar de pertenecer en poco tiempo, ya que los vínculos que con ella se establecen son superficiales y ambiguos. Y de esto es bien consciente B, quien no desea realmente sentirse parte de este círculo porque lo desprecia, como se expresa en las siguientes palabras: "B detesta a los chilenos residentes en Barcelona aunque él, irremediablemente, es un chileno residente en Barcelona. El más pobre de los chilenos residentes en Barcelona y también, probablemente, el más solitario" (*Putas asesinas*: 66).

En efecto, son grupos que no hacen sino recordar a sus miembros la exclusión de la cual son víctimas. Una condición que se describe con claridad también en *Los detectives salvajes*, en donde los emigrantes están retratados en sus vidas cotidianas, y cumpliendo los gestos que los identifican –y marginan– en cuanto grupo social particular. Una descripción de ello es la escena entrañable que refiere Edith Oster cuando ve a estos metecos formando largas colas alrededor de las cabinas telefónicas para llamar a sus seres queridos al otro lado del mundo. La mujer reflexiona que en ellas "se juntaba lo mejor y lo peor de Latinoamérica, los antiguos militantes y los violadores, los ex presos políticos y los despiadados comerciantes de bisutería" (412). Por un lado, Edith siente pena por ellos, por otro, rehúye la sensación de pertenecer a este grupo, como se comprende de las siguientes reflexiones:

> Cuando yo veía estas colas [...] me ponía a temblar, me quedaba helada y un frío metálico [...] me recorría el cuerpo desde la nuca hasta los talones. Adolescentes, mujeres jóvenes con niños de pecho, señoras y señores ya mayores, ¿en qué pensaban [...]? ¿qué esperaban [...]? En cualquier caso, también de aquello me alejé. Llamé a mi madre y le pedí dinero. (412)

Por su condición de latinoamericana en el extranjero, Edith debería de pertenecer a este grupo de marginados, pero prefiere alejarse de él y recurre a la única seguridad que tiene: el dinero. Éste es lo que marca la diferencia entre viajero y nómada, entre extranjero y marginado.

4. El Blanes de Bolaño

Estos ejemplos que se han mencionado revelan la fuerza del deseo de llegar a Europa por parte de muchos latinoamericanos, a la vez que describen las dificultades que estos encuentran a la hora de integrarse sin por eso perder su contacto con el país de origen. Se trata de episodios que subrayan la dificultad de convertir la diferencia en una riqueza y no en una causa de marginación e incomprensión.

En este sentido, parece útil volver a llamar la atención sobre la condición vivencial de latinoamericano en Europa de Bolaño, y citar las palabras del Pregón que dio en Blanes, con las cuales celebró la actitud acogedora que le brindaron los catalanes, describiendo

> un Blanes tolerante y dialogante, que es el mayor tesoro al que un hombre puede aspirar [...] la palabra tolerancia, que para mí es la palabra que define Cataluña, pero por encima de todo es la palabra que [...] define Blanes, un pueblo o una ciudad pequeña con problemas, con defectos, pero tolerante, es decir viva y civilizada, porque sin tolerancia no hay civilización, sin tolerancia hay ciudades-represivas, ciudades-robots, ciudades que se parecerán a la naranja mecánica de nuestro llorado Kubrick y de nuestro llorado Burgess, pero que no serán en modo alguno ciudades en donde podamos vivir (*Entre paréntesis*: 232-233)

Y fue aquí, en Europa, el lugar en donde el autor vivió y concibió sus más importantes textos, exorcizando a través de la literatura su condición de extranjero.

Chiara Bolognese
Università di Roma La Sapienza

BIBLIOGRAFÍA

Aínsa, Fernando. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos, 1986.
Bauman, Zygmunt. *Il disagio della postmodernità*. Milano: Bruno Mondadori, 2002.
Binns, Niall. *Un vals en un montón de escombros*. Bern: Peter Lang, 1999.
Bolaño, Roberto. *Estrella distante*. Barcelona: Anagrama, 1996.
———. *Los detectives salvajes*. Barcelona: Anagrama, 1998.
———. *Tres*. Barcelona: El acantilado, 2000.
———. *Los perros románticos*. Barcelona: Lumen, 2000.
———. *Putas asesinas*. Barcelona: Anagrama, 2001.
———. *La pista de hielo*. Barcelona: Seix Barral, 2003.
———. *Entre paréntesis*. Barcelona: Anagrama, 2004.
———. *2666*. Barcelona: Anagrama, 2004.

DONOSO, José. "Ítaca: el regreso imposible". *Los novelistas como críticos*. Tomo II. Norma Klahn y Wilfrido H. Corral, compiladores. México: Ediciones del Norte, 1991. 38-52.

FOLLARI, Roberto, y Rigoberto Lanz, compiladores. *Enfoques sobre la posmodernidad en América Latina*. Caracas: Sentido, 1998.

LIHN, Enrique. *La musiquilla de las pobres esferas*. Santiago de Chile: Universitaria, 1969.

MANZONI, Celina. *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*. Buenos Aires: Corregidor, 2002.

MILLARES, Selena. *Rondas a las letras de Hispanoamérica*. Madrid: Edinumen, 2000.

MORENO, Fernando (coord.). *Roberto Bolaño, la experiencia del abismo*. Santiago de Chile: Editorial Lastarria, 2011.

PAZ SOLDÁN, Edmundo y Gustavo Faverón (eds.). *Bolaño salvaje*. Barcelona: Candaya. 2008.